

EL HERALDO DE VEGUETA

Sable y luto

Comenzamos este nuevo número de *El Heraldo de Vegueta* con una fotografía inédita del célebre fotógrafo Luis Ojeda Pérez, tomada en su estudio del nº 40 de la calle San Francisco en torno al año 1900, y adquirida por el que escribe en un mercadillo de Las Palmas de Gran Canaria.

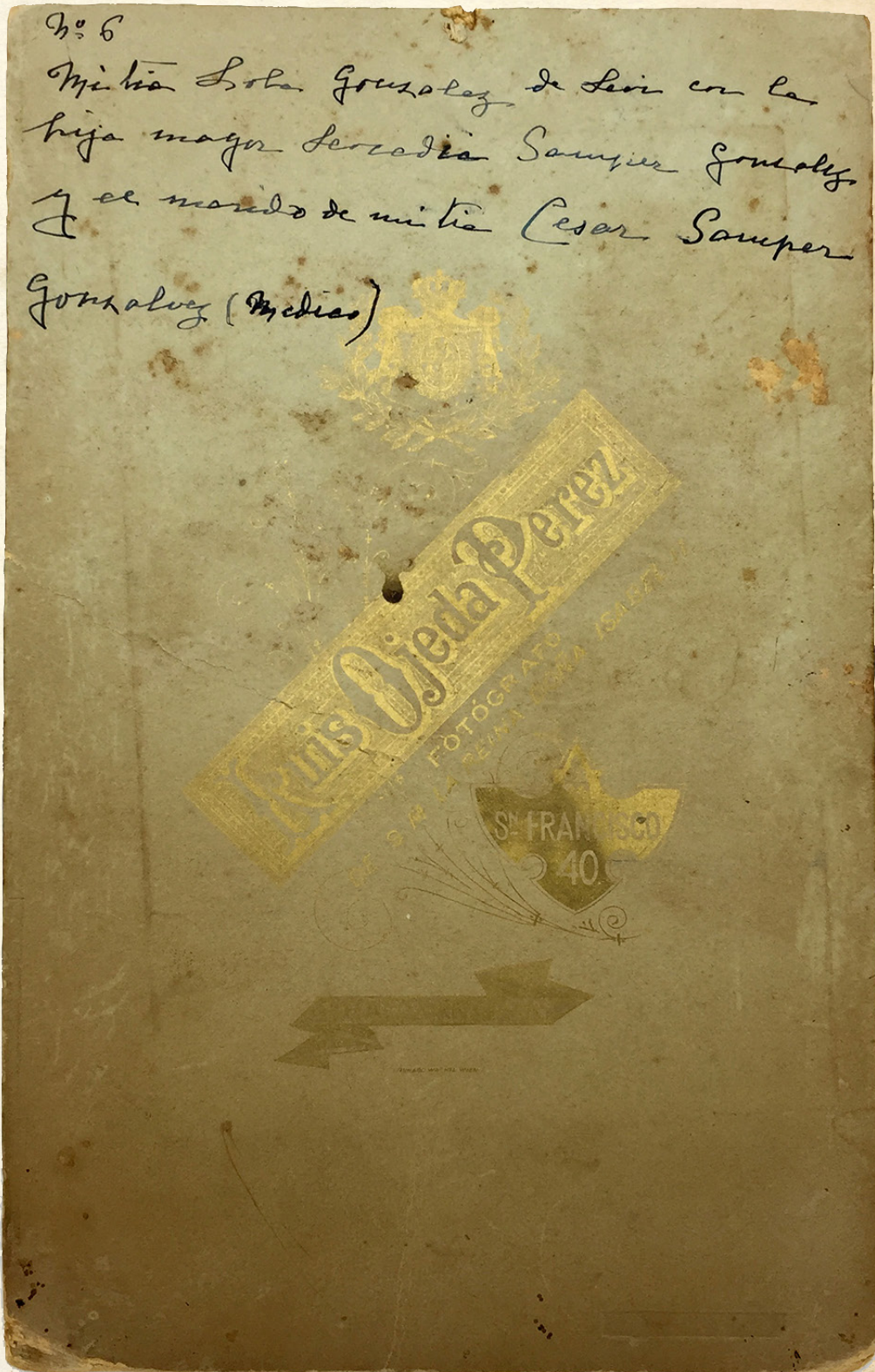
En la imagen vemos a un caballero vestido de militar con un precioso sable en la cintura, y a una mujer vestida de luto sentada junto a él con una niña en el regazo. Tanto el militar como la dama dirigen su mirada a un punto fuera de cámara. La niña, en cambio, fija la vista en el objetivo. Los sujetos

retratados reposan sobre una alfombra con motivos geométricos, y detrás de ellos hay un lienzo en el que puede verse, tras una valla también pintada, una escena campestre. Encontramos en la imagen algunas zonas desenfocadas que podrían deberse a una aberración fruto de la primitiva lente. Véase este efecto en los pies del militar y en el macetero que aparece a su derecha. Sucede lo mismo en el otro extremo, a la izquierda de la mujer. La cara de la niña aparece ligeramente movida, debido a su naturaleza inquieta. Retratar a niños en el pasado era una tarea realmente complicada debido a los largos tiempos de exposición. Sin

embargo, Ojeda consiguió hacer una excelente fotografía en este caso. El papel fotográfico está pegado sobre un cartón con el membrete del fotógrafo. Hasta aquí un breve análisis del artefacto. ¿Pero quiénes eran los retratados? Por suerte, alguien tuvo la delicadeza de anotar en el reverso sus identidades. Démosle la vuelta. En esta cara destaca el precioso diseño en dorado con el nombre y la dirección del fotógrafo, y sobre él, escrito a plumilla, lo más interesante: "nº 6. Mi tía Lola González de León con la hija mayor Leocadia Samper González y el marido de mi tía César Samper González (médico)". Sobre el apuesto caballero que posa para pasar a la posteridad he averiguado algunas cosas. Residió en Santa Brígida y era médico militar. En los primeros años de mil novecien-

tos ejerció la medicina en Arrecife de Lanzarote, hasta que en 1913 fue ascendido a director médico, lo que le supuso una gratificación de cinco pesetas diarias. Falleció el 15 de abril de 1923. Poco antes había perdido a su mujer y a sus dos hijos. No habríamos averiguado nada de esto si no llega a ser por una sobrina del médico, de la que no sabemos nada, que conservó la fotografía y tuvo el acierto de escribir con mano temblorosa sus nombres en un intento de salvaguardar su memoria. Queda claro que lo consiguió.

Eduardo Reguera



La calle Remedios

En nuestra capital, existió hasta 1836, la ermita de Nuestra Señora de Los Remedios. Era, junto a la primitiva Catedral de Santa Ana, que se ubicó en el lugar que hoy ocupa la ermita de San Antonio Abad, las más antiguas de la ciudad. Fue erigida en el año 1499, según manuscrito anónimo refrendado por don Pedro Tarquis Rodríguez, que se conservaba en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife antes de su traslado a su nuevo emplazamiento en la Plaza del Príncipe. Desdichadamente parte de su texto está hoy ilocalizable, aunque, según indica Alfredo Herrera Piqué en su libro "Noticias históricas de la urbanización de la ciudad de Las Palmas", de 1978, el mismo fue copiado por un investigador, intelectual por cuya amabilidad se conserva hoy una copia mecanografiada del texto en el Museo Canario.

Al construirse la nueva ermita en el Barrio de Triana, con su fachada mirando a las cumbres de la isla, nace junto a ella una nueva plazoleta donde se instala un mercado de abastos.

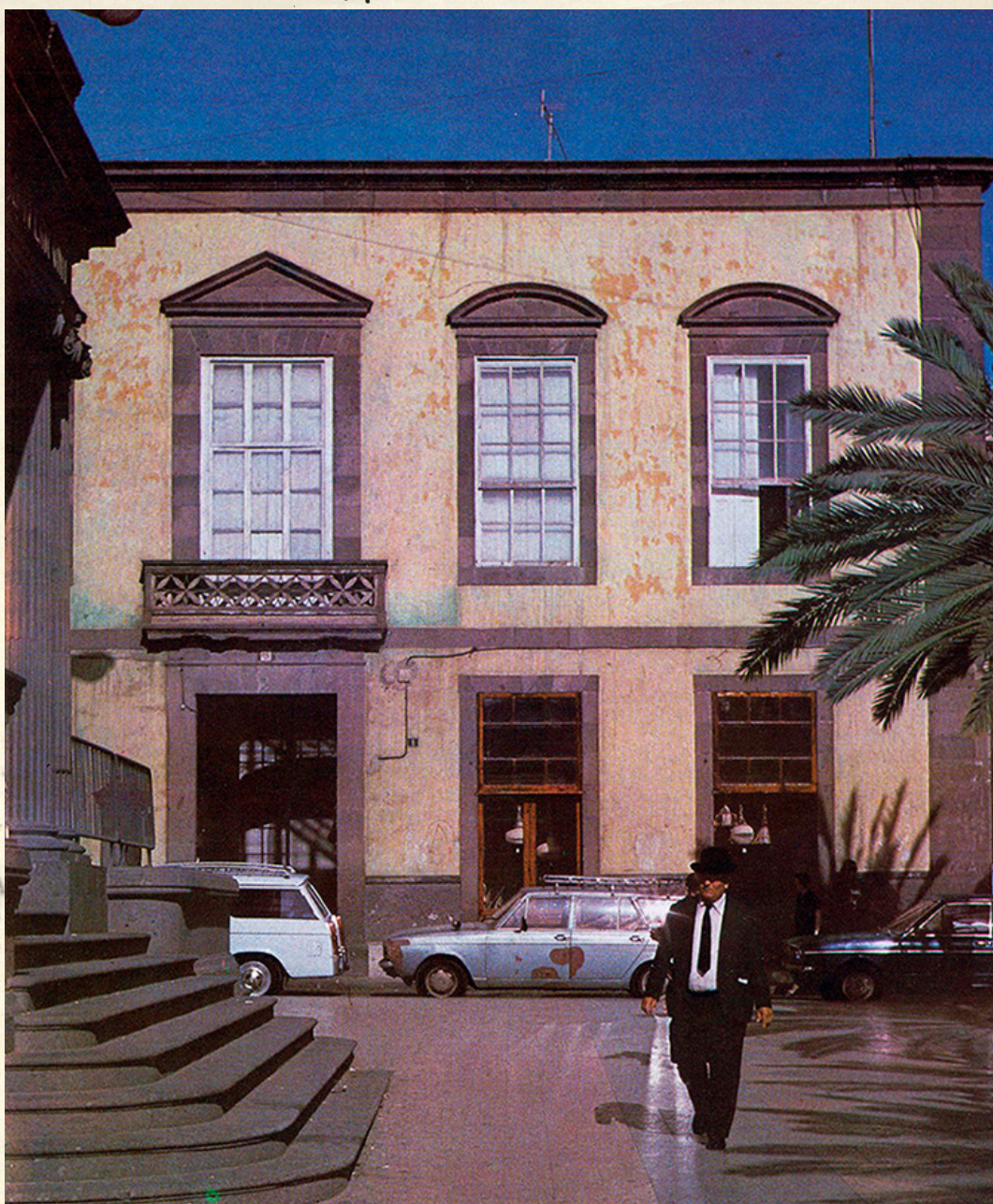
La Virgen de los Remedios es una imagen que se remonta en su advocación al siglo XIV, aunque los testimonios documentales se refieren al siglo XV. Llamada entonces, según el libro de M. Hernández González "Fiestas y creencias en Canarias en la Edad Moderna", del Remedio, del Buen Remedio, o como en Canarias se conocía popularmente, de los Remedios, que significa medicina, la que cura, la que restablece la salud, la que ejerce su oficio maternal de protección en todas nuestras necesidades, la que remedia los males originados por el pecado. En definitiva, aún su función especializada con el deseo de socorro, ayuda y amparo en todas nuestras carencias físicas y espirituales. Los principales impulsores de esta advocación fueron los Padres Trinitarios, que se dedicaban al rescate de cautivos. Por ese motivo se representa en algunas ocasiones a la Virgen entregando a miembros de dicha orden una bolsa de dinero, y en otras acompañada de una cautiva a quien entrega el escapulario de la orden.

Desde el momento que surge la donación de un solar en 1498 para la cons-

trucción de una ermita en la orilla norte del barranco Guinguada dedicada a la Virgen de Los Remedios, se inician las obras por encargo de Juan de Porras Sosa, que había prometido la ermita estando cautivo viniendo para estas islas al ser rescatado en las Isletas de Canarias. La ermita, cada vez más en ruinas, llegó hasta el año 1836. Este templo tuvo la suerte de ser el único que los piratas holandeses no incendiaron en 1599 durante su apresurada huida. Después de regresar abatidos por el calor y la derrota, incendiaron todo el barrio de Vegueta, para cruzar el Guinguada y centrar su mirada en el convento de San Francisco y en el de la Concepción Bernarda. Por suerte se olvidaron de la pequeña ermita de Los Remedios, que nos duró en pie hasta la destrucción por ruina el 24 de marzo de 1836, para abrir una calle.

La ermita ocupaba por el norte hasta la subida de San Pedro, calle que lleva ese nombre porque en el templo se veneraba la imagen de las lágrimas de San Pedro Penitente, imagen por la que los feligreses sentían una gran devoción. Al naciente ocupaba los terrenos que a mitad del siglo XX eran la casa de Doña Luisa del Castillo y que la gente conocía como la Casa de la Marquesa, y donde más tarde estuvo el cerrado establecimiento Cuasquias. Al poniente ocupaba parte del solar que años después fue el Hotel Monopol, y que hoy es un centro comercial.

La ermita ya estaba muy deteriorada, sobre todo la capilla mayor, obra del alarife Álvaro de la Rosa. En ella se fundó una capellanía de cinco misas diarias, hasta el traslado de la imagen por ruina total en febrero de 1820 a la Parroquia de San Francisco, donde se depositó sin darle culto. La talla es de la escuela sevillana y desde 1841 se venera en la ermita de San Antonio Abad. Otras imágenes del templo pasaron al cercano convento de San Bernardino de Siena, que tutelaban las Religiosas de la Orden de Santa Clara de Asís (Clarisas), hasta que en 1840, al derribarse el convento por la



famosa Ley desamortizadora de Mendizábal, se pasaron en su mayoría a la Iglesia de San Francisco, entre ellas, el Señor de la Humildad y Paciencia, del siglo XVI y de autor anónimo, que actualmente es la imagen más antigua que procesiona en la Semana Santa de Las Palmas. Esta figura de vestir, le restauró Luján Pérez los pies y las manos, pero no se atrevió a tocarle el rostro, alegando que él no sería capaz de mejorar esta maravilla.

La calle era un importante lugar de paso entre Vegueta y Triana. Esto hizo que en la zona se instalasen grandes negocios, uno de ellos fue los "Almacenes Peñate", en la esquina con la calle La Pereguina, justamente en los bajos de la Casa Falcón, donde se vendía de todo. Tantas cosas tenía, que un canario que un día viajó a París, al visitar un gran establecimiento del país galo, exclamó: ¡A la mierda los Peñate! Ya esta curiosa anécdota la comentó Eduardo Reguera, el 25 de mayo de 2019, en un capítulo dedicado a dicho comercio.

Siempre había tenido mis dudas sobre el origen del nombre de la calle Remedios, aunque hoy veo más claro que este le viene de la desaparecida

ermita que allí existió hasta 1836. Mis titubeos venían por la primera botica que se instaló en Las Palmas en 1780, conocida popularmente como la "de Vernetta", o "de las cadenas", por encontrarse cercana a la misma unas cadenas en lo que hoy es la Plazuela. La botica se hallaba a mitad de calle, donde hasta hace unos años estaba Muebles Lisón.

Era la botica, a la que las nuevas generaciones llaman farmacia, el lugar donde los intelectuales acudían de tertulia y el pueblo en busca de un "remedio" para aliviar sus males, eso fue lo que me hizo dudar en cuanto al nombre de la calle. Pero existen escritos del ingeniero cremonés Leonardo Torriani de 1590, que ya cita la ermita y su calle, así que se acabaron las dudas. Pero nada les costaba añadirle al rótulo "Ntra. Sra. de Los Remedios", hasta más bonito resulta.

Curiosamente, "en algunas comarcas llaman botica al lugar donde se vende al público todo tipo de artículos del comercio al por menor", de ahí la popular expresión de: "Aquí hay de todo, como en botica".

Francisco Cárdenas Acosta



¡EL HERALDO DE VEGUETA TE BUSCA!

¿Tienes un artículo, un poema, o un relato guardado en el cajón y te gustaría publicarlo?

¡Envíanoslo! elheraldodevegueta@outlook.com



L&B
actual

Revista digital

Para escuchar a las mujeres sin excluir a los hombres

<http://www.landbactual.com>

www.retrografias.com



Las guaguas

LA PARADA DE LOS BOBOS

Paco Fernández (y un doble primer apellido seguido de un segundo que no pongo porque se me sale de la columna) es un amigo que conocí estudiando Ingeniería Industrial, a comienzos de los años 70 del pasado siglo.

Estudiábamos en la escuela frente la Plaza de Tomás Morales, la que está a poniente de la Plaza del Obelisco (nunca diré de La Constitución, porque ese nombre lo tuvo antes la Plaza de Santa Ana, y hay que ser rigurosos con la Historia). Al salir de clase, acudíamos a coger la línea 9 en la parada de la Plaza del Pino; yo camino de Schamann y Paco en dirección a Escaleritas. En el mundo del transporte de viajeros se da la paradoja de que en las horas punta -cuando más demanda hay- es cuando se presta un peor servicio. Se incrementa el tiempo de viaje y el tiempo en las paradas, porque se colapsan las vías, ya que también aumenta la afluencia de coches particulares. Por consiguiente, si en las horas valle las guaguas pasan cada 10 minutos y hay asientos libres, en las horas punta pasan cada 20 y van como sardinas en lata.

Esta situación le valió a la parada de la Plaza del Pino el sobrenombre de "Parada de Los Bobos". Es que no podías ser muy listo si pretendías que te parara allí una guagua al salir de clase. Muchos nos íbamos a la parada de Correos, y algunos, incluso, hasta piquera de la c/ General Franco, donde hoy está el edificio de la ONCE. Mi amigo Paco, a sabiendas que yo era hijo de guaguero, me ponía por los suelos a la Patronal, harto por la cantidad de guaguas que teníamos que dejar pasar cada día hasta que alguna se "dignara" pararnos.

Paco me daba el coñazo un día sí y otro también. Yo le decía que a mí me perjudicaba tanto como a él, pero no por eso buscaba culpables; la ciudad era la que era, las calles las que eran (no se podían estirar como un chicle) y los viajeros los que había. Al cabo de un tiempo, no sé si acabó abu-

rriéndose de tanta crítica que dejó de darme la vara con las guaguas. Es más: dejó de venir conmigo en la línea 9. Con el paso de los años descubrí que la espera en la odiosa "Parada de Los Bobos" no era tan ingrata como él me quería hacer ver. Más bien todo lo contrario. En la odiosa parada conocí a Ana, que casualmente subía a la misma hora que él camino de la calle Fray Cristóbal Caballero, en la Barriada de Escaleritas. En esta ocasión, la "Parada de Los Bobos" sirvió de Celestina, porque Paco y Ana acabaron pasando por la vicaría. Una vez más tiene razón el refranero popular: no hay mal que por bien no venga.

Luis Cabrera Hernández



www.santacruzmpuerto.com

Estarás informado de todo lo que pasa en el muelle de Santa Cruz de Tenerife.

El visor de Alberto Suárez



La chica de ayer

UN AÑO MÁS PARA MI CIUDAD

Con la noche más corta del año dijimos el pasado 21 de junio adiós a la estación de las flores, iniciándose así el solsticio de verano. Como amante de la astronomía, todo lo que va más allá de las estrellas siempre ha llamado poderosamente mi atención, y es que el cielo esconde mucho más de lo que nuestros ojos nos permiten ver. Casualmente estas fechas han marcado la historia de Gran Canaria, primero para los aborígenes canarios el sol era significado de vida y fue en el magnífico Risco Caído de Artenara donde plasmaron su encuentro con él de forma casi única en el mundo. Una cueva volcánica con una antigüedad de más de ochocientos años cuela a través de su cúpula las primeras luces de la mañana, con tal exactitud que ilumina los grabados en forma de vulva que se encuentran en sus paredes y que es símbolo de fertilidad. Es justo en el solsticio de verano cuando el impacto solar es más espectacular. Siglos después, nuestra costa se vio amenazada un 24 de junio de 1478 por la pri-

mera expedición castellana que supon- dría el cambio de vida en la isla. En estos próximos días se cumplirán 542 años desde aquel crucial momento, El Real de Las Palmas como fue conocida la urbe inicialmente, se instauró en el barrio de Vegueta. Su fundación por tanto se celebra en el solsticio de verano que finaliza la noche de San Juan. Allí donde unas palmas estaban asentadas y que dieron nombre a la ciudad se construyó posteriormente la Catedral de Santa Ana. Hace apenas unos años, estudiosos del patrimonio isleño han descubierto que la catedral fue orientada al nordeste en lugar de al este, lo que hace que al amanecer del solsticio de verano la luz del astro rey se proyecte sobre la Plaza de Santa Ana. Estos indicios han llevado a relacionar los propósitos de los creadores de la catedral con el fervor que los aborígenes de la isla sentían por el sol y que dejaron reflejados en los yacimientos de nuestra cumbre. Sea como fuere, un año más sentimos que el enigma y el misterio son parte de las entrañas de la ciudad y que pasear por el antiguo Real de Las Palmas es adentrarse en el corazón de la historia.

Nereida Rodríguez Hdez.

Despidiendo el día desde Las Coloradas (Gran Canaria) @alsnphoto



Todo bajo control

(Cuarta y última entrega)

No quiero precipitarme pero ella lo tiene muy claro. Ha cogido carrerilla y quiere que la siga a corta distancia. No quiero contrariarla y aunque la situación supera mis expectativas, creo que debo tomar mis precauciones. Sin embargo, tocan el timbre y tenemos que recomponernos. A ella le ha entrado la risa nerviosa y yo abro la puerta. Son dos señores con uniforme. La verdad es que con tanto cuerpo de seguridad ya no sé distinguir un policía local de un nacional o autonómico. El más bajito se dirige a mí pronunciando con solemnidad mi nombre y apellidos. Me pide que le confirme si soy yo. Claro que sí, no me gusta mi segundo nombre, pero ya lo tengo asumido. Me dicen que tengo que acompañarlos a la comisaría. Soy un ciudadano colaborador pero le indico a los agentes que tengo una visita y les pregunto si puedo acudir en otro momento. El más alto me explica que estoy detenido por agresión y saca las esposas.

Entonces, ella interviene y me dice que tiene una amiga abogada, que debe ser una equivocación, que seguro que se han confundido de persona. Los policías no atienden a razones y me veo obligado a acompañarlos. Estoy tan nervioso que tropiezo al bajar las escaleras y empujo al que va delante de mí. Como estoy esposado no puedo ayudarlo y trato de frenar su caída con el pie pero se precipita por las escaleras. El policía que tengo a mi espalda me sujeta con fuerza por los brazos y le dice que soy peligroso, que tenían que haber pedido refuerzos. El otro se levanta sangrando por la nariz y me mira con mala cara pero su compañero lo tranquiliza y me zarandeo para meterme en el coche patrulla. He oído casos de violencia policial y prefiero estarme callado. Prefiero no decir nada hasta que llegue a la comisaría y tenga presente un abogado. Agradezco mucho el ofrecimiento de mi invitada pero prefiero llamar a mi abogado de siempre. Nos conocemos hace años y le tengo mucho cariño y confianza. Es muy bueno y es capaz de dejar las cosas claras a cualquier juez.

Por fin me entero de que mi vecino me ha denunciado. Fue lo primero que

hizo al recuperarse. Eso me pasa por ser buena persona y ayudar a los demás. Yo tenía intención de ir a su casa más tarde para ver cómo estaba. ¡Hay que ver lo mal que se lo ha tomado! La gente no reconoce sus limitaciones y luego culpan al que tienen más cerca. La verdad es que no volveré a prestar ayuda a ningún vecino. Yo ya era consciente de lo que se complican las cosas cuando alguien tiene un accidente y uno está cerca. Es un procedimiento que hay que evitar, pero me doy cuenta de que todas las precauciones son pocas.

Mi abogado me informa de que además de adular las acusaciones de mi vecino, debo explicar los restos de sangre en el maletero de mi coche. Le digo que no sé cómo explicarlo porque lo limpié todo muy bien, incluso con vapor. Y además, la señora mayor que cruzó como una loca por delante de mi coche no sangró mucho. Fue un golpe seco, yo creo que más bien se desnucó. No, la verdad es que no tengo explicación para esas manchas de sangre.

Mi maestra favorita ha pedido permiso para verme y la verdad es que aquí no hay muchas distracciones. Me ha traído un par de libros, conoce muy bien mis gustos. Me pregunta si son verdad los hechos de los que se me acusa. Tenemos tiempo y le cuento cómo sucedieron las cosas. Ella me pregunta cómo es posible que no me importe la muerte de esas personas. ¿Qué puedo decir? Todos los días mueren muchas personas, fue una casualidad que yo estuviera allí cuando estas, en concreto, dejaron de vivir. No pude evitar que su falta de cuidado se las llevara al otro mundo.

Yo soy una persona normal que nunca causaría daño a nadie, en un mundo lleno de irresponsables que no saben lo que hacen.

CJ Nieto



¡SUSCRÍBETE!

Envíanos tu mail y recibirás
El Heraldo de Vegueta
en tu buzón electrónico.

Suscripciones:

elheraldodevegueta@outlook.com

Curioso, curioso
cara de oso

Sección infantil

CANCIÓN TRISTE DEL BARRANCO GUINIGUADA

(Adaptación del cuento "Canción triste del Monte", Samy Bayala)

Dicen que desde el momento en que los ojos de la hermosa Abenchara se cruzaron con la mirada del joven Artemis, el mundo le pareció más bello. A él no le molestó que ella no tuviera origen noble y a ella no le importó que él fuera hijo del guanarteme, simplemente querían estar juntos. Por las tardes se encontraban en el monte y caminaban de la mano hasta descubrir un lugar tranquilo donde descansar. Entonces Abenchara entonaba alegres canciones mientras Artemis iba y venía juntando flores silvestres para su amada. El sol, fiel testigo, se iba colando entre la vegetación, mientras a lo lejos se escuchaba el incesante golpeo de las aguas que corrían por el barranco refrescando la tierra. Pero las tardes dejaron de ser hermosas cuando Doramas anunció la llegada de los "castellanos". Para defender el territorio habría que luchar y todos tendrían que mostrar su valentía. Ese "todos", incluía también al joven Artemis. Inútiles fueron los ruegos de su madre tratando de convencer al guanarteme para que el joven no fuera a la batalla. Inútiles, también, las lágrimas de Abenchara, intentando retener a su amado. Artemis se sentía joven, fuerte, valiente hijo de Doramas. Orgulloso de su raza y su estirpe quería defender con todas sus fuerzas lo que él y los suyos consideraban sus dominios. Así fue como un día del mes de junio, desde que el sol asomó por el horizonte, los canarios divididos en grupos, descendieron por las montañas y se dispusieron a atacar para dar lugar a lo que luego se conocería como la Batalla del Guiniguada. El enfrentamiento fue muy duro y finalmente los canarios, aunque defendieron con

todas sus fuerzas su territorio, tuvieron que retirarse. Artemis no regresó de la batalla. Los que a su lado estuvieron, solo contaron que recibió una herida cerca del corazón y que nada pudieron hacer para alejarlo de la espesura del verde y poder darle cura. La frase fue lanzada al aire con la exactitud de una flecha y su golpe fue certero.

-Artemis, el hijo del valiente guanarteme, ha muerto.

Abenchara recibió la noticia como si los vientos Alisios la abofetearan. No pudo hablar, ni llorar. De su garganta solo salió un grito desgarrador, semejante al de una fiera herida, que recorrió el barranco de norte a sur.

Los que allí estaban se taparon los oídos con las manos, mientras los animales corrían en todas direcciones para protegerse. El cielo oscureció y por un momento el día se hizo noche. Al cabo de un rato, escucharon un fuerte alarido que venía de todas partes, pero no se sabía de dónde. Los canarios huyeron temerosos, pero al llegar a un claro del monte, descubrieron que el alarido provenía de un extraño pájaro, que oculto en el hueco de un árbol, parecía llorar sin consuelo.

Nunca más se volvió a saber de la hermosa Abenchara. Sin embargo, cada tanto aparece sobrevolando el Barranco de Guiniguada, un ave que entona una triste melodía.

Te aseguro que si guardas silencio un instante, escucharás lo que dice en su canción:

"Desde lo alto del monte, vuelo hasta la ciudad atravesando el barranco y no te puedo encontrar".

¿Qué cómo lo sé?

Será tal vez porque un guerrero canario le contó la historia de Abenchara y Artemis a su nieto, y su nieto a sus hijos y sus hijos... bueno, dicen que sus hijos se la contaron al viento y el viento la trajo hasta mí.

Samy Bayala



—¿Me hace usted el obsequio, y perdone, del salero?
—Tal vez me haya usted tomado por un doméstico.
—No tal; le había tomado á usted por un caballero.

EL HERALDO DE VEGUETA

Han colaborado en este número: Eduardo Reguera, Francisco Cárdenas Acosta, Luis Cabrera Hernández, Nereida Rodríguez Hernández, Alberto Suárez, CJ Nieto, y Samy Bayala.

Los textos, fotografías e ilustraciones son propiedad de quien los firma.

elheraldodevegueta@outlook.com